

Notas a la conversación "Reinterrogando la democracia en América Latina"

Emilio De Ipola

Democracia y populismo: balance parcial de un debate

Contando con la ventaja de tener la última palabra, aunque procurando no abusar de ella¹, querría intervenir en el debate curioseando en los senderos abiertos por algunos temas discutidos en él pero no completamente resueltos, interrogando las omisiones que estime sintomáticas, e internándome por los intersticios no completamente suturados, pese al excelente y productivo intercambio de opiniones que tuvo lugar en esa reunión. Para facilitar las cosas dividiré mis comentarios en cuatro puntos:

- I) la tensión entre democracia liberal y democracia populista en Argentina y en otros países de la región;
- II) las ambigüedades del concepto de "populismo" en su uso corriente, periodístico digamos, y en su promoción a categoría teórica e, incluso, a dimensión ontológica (cf. Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005);
- III) las dificultades teóricas que introducen las referencias a *Psicoanálisis de las masas y análisis del yo* -y en general el recurso selectivo a fragmentos de ese (y algún otro) texto de Freud para apoyar una argumentación.
- IV) las hipótesis de carácter prospectivo acerca de la Argentina y Latinoamérica, teniendo en cuenta la conflictiva cohabitación entre los regímenes de orientación populista hoy en el poder y grupos de izquierda liberal y socialista democrática que los cuestionan.

I. Respecto del primer punto, opté por una expresión moderada -"tensión"- para referirme a lo que en ocasiones dio lugar a duros cruces, siempre respetuosos, entre algunos de los participantes y Ernesto Laclau, quien tendió más bien a bajar los decibeles de la discusión, aclarando algunos puntos y subrayando las coincidencias sobre varios temas no banales, sin renunciar por ello a sus posiciones. Así, por

¹ Provisionalmente, se entiende. Siempre puede aparecer más tarde una réplica fulminante.
Argumentos, 8, octubre 2007

ejemplo, morigeró sus ataques al liberalismo político, aceptando que las instituciones y el pluralismo son factores insustituibles en todo régimen que se autotitule democrático y afirmó que no apoyaría a ningún líder, incluso populista, que los avasallara. Deslizó algunas críticas al gobierno de Hugo Chávez, pero reiteró el apoyo a su gestión, con prolijos argumentos.

Por su parte, quienes formularon las principales críticas -en particular Vicente Palermo y Liliana de Riz- pusieron el acento sobre el hiperdecisionismo, sinónimo de abuso del poder, el sesgo mesiánico, la actitud intolerante y las medidas claramente autoprotectoras de los gobiernos de signo populista existentes en la región. Repudiaron los constantes ataques al liberalismo, tras de los cuales percibieron una inconfesa negación del pluralismo y una velada amenaza a las libertades públicas.

Laclau respondió a estas objeciones con prudencia; concedió que el respeto a las instituciones era una obligación a la que ningún régimen, sea o no populista podía sustraerse; destacó sin embargo que los regímenes liberales que habían gobernado en Argentina y América latina fueron en su gran mayoría antidemocráticos y fraudulentos. Admitió, en acuerdo con De Riz, que no hay tal cosa como una esencia nacional popular, aunque reiteró que hay símbolos históricamente instituidos pero gravitantes que remiten a lo nacional-popular. Insistió en su tesis según la cual aquello que constituye la identidad nacional popular es la lógica de los significantes vacíos: en determinado momento, un significante pasa a representar mucho más que lo que el su significado "lato" implica. Citó en apoyo de su tesis el caso de Solidarnosc, de Polonia. Un conjunto de demandas de un grupo de obreros de Dansk, se convierte en algo mucho más amplio y cobra un alcance nacional debido al hecho de que muchas otras demandas frustradas se condensan en esa reivindicación particular. Los símbolos de los obreros de Dansk pasan a ser símbolos de todas las reivindicaciones no satisfechas.

Coincidió con Palermo, uno de sus principales críticos, en que no puede haber una política populista pura -tema al que he de referirme más abajo. Y recordó sus anteriores referencias a *Psicología de las masas y análisis de yo*, libro que recomendó con energía. Allí, sostuvo Laclau, Freud afirma que en la horda primitiva existe, por un lado, la igualdad entre los hermanos, lo que, en términos políticos, remitiría a todos aquellos con demandas insatisfechas, y que, por otro lado, existe además la identificación con el padre. Laclau, de acuerdo con Freud, precisó: el Yo ideal asume

siempre la forma de la identificación con el Líder. Los Yoes "realmente existentes", los miembros individuales de la horda, se identifican con él y lo toman como modelo.

Pero para Freud -prosiguió Laclau- la distancia entre el Yo y el Yo ideal no es siempre la misma. Por ejemplo, si una sociedad está más ordenada y las instituciones funcionan mejor, la gente se siente más protegida y necesita menos una identificación de tipo trascendente. Si, por el contrario, la sociedad se halla desintegrada, la identificación con el líder es mayor. Es por eso -aclaró- que, al referirse a Freud, insistió en que una política correcta debería sumar a la creación popular de identidades un complemento institucionalista. Y la proporción en que esos dos factores se mezclen dependerá en cada caso de la situación.

En tercer lugar, Laclau negó que hubiera sostenido que todo populismo es bueno. El maoísmo fue una forma de populismo, pero el hitlerismo también lo fue. El populismo es una modalidad de construcción de lo político, no una ideología a la que se deba suscribir en todos los casos. El debate pareció detenerse en esta conclusión

II. Con respecto al segundo punto me permitiré una breve observación. En primer lugar, en su libro *La Razón populista*, mencionado en el debate por el autor, este último parece identificar al populismo con la política a secas, o, menos asertivamente, a sostener que a todo movimiento político le es inherente una dimensión populista. Pero, con los matices introducidos en el libro mismo y reafirmados en el debate, su análisis, paulatinamente, parece más bien inclinarse hacia una caracterización general de lo político, y en particular de los partidos y movimientos políticos *tout court*, que hacia una definición no trivial del populismo². Contar con un líder estimado por la gente, elaborar un discurso político coherente que invoque al pueblo, que reclame su apoyo, que demande justicia social para los desfavorecidos y que se oponga frontalmente a los poderosos, son condiciones mínimas que debe cumplir todo movimiento político que aspire con razonables chances al poder. Las concesiones de Laclau son loables pero pueden hacer perder agresividad e identidad a parte de su propuesta. De todos modos, la cuestión permanece abierta, quizá debido a una cierta oscilación de Laclau entre una definición de populismo como tipo de régimen antiliberal, presidido por un líder carismático identificado con el pueblo, que se coloca en posición antagónica respecto del bloque de poder y una segunda definición del mismo concepto, que lo identifica a la política o

² Debo a Silvia Sigal este argumento.
Argumentos, 8, octubre 2007

a una dimensión de toda política. Señalo lo anterior sin la menor intención crítica. Estimo al contrario que esa oscilación es positiva, porque lleva a reflexionar conjuntamente sobre el sentido de la política en general y el fenómeno populista, hoy tema de ásperas controversias en nuestros países³.

III. También el tercer ítem me induce a un comentario. En sus referencias al psicoanálisis, Laclau parece atenerse exclusivamente a aquellas tesis de *Psicología de las masas y análisis del Yo* que parecen dar sustento a sus posiciones. Sin duda, esa obra relata la saga del Padre y de la comunidad de hermanos; postula además aquello que será el punto clave de la construcción laclauiana (y también freudiana), a saber, el proceso de identificación. Pero ese mito⁴, del origen de la sociedad y también de la política, deja de lado muchas otras tesis de Freud que, como éste lo subraya explícitamente, no sólo son complementarias, sino que de hecho forman un todo inseparable en su teoría. Cualquiera sea nuestra opinión sobre *Totem y Tabú*, Freud da por supuesta en lo esencial la validez de los planteos de esa obra y remite a menudo a ella en *Psicología de las masas*. Ahora bien, en *Totem y Tabú*, la historia adquiere otro cariz.

En efecto, de la lectura de ambos textos se infiere que la identificación con la figura del Padre permite *pero también obstaculiza y limita* la consolidación del lazo fraternal y a las aspiraciones de los hermanos. El Padre, quien se presenta por lo general bajo forma de una suerte de "orangután gozador"⁵, impone su Ley a la banda homosexual fraterna y dispone a su guisa de todos los placeres. Por ello, los hermanos confabulados deciden eliminarlo. El *parricidio* es la vía la cual la banda homosexual de los hermanos se libera del imperio paterno. Luego vendrá la culpa y la identificación con el padre muerto, pero el sitio vacío del padre no puede ya ejercer ningún poder: lo ha asumido la comunidad fraterna.

³ En este punto del debate se sitúan los interrogantes planteados por Claudia Hilb en su intervención en el debate. Hilb que, como lo impuso la dinámica de la discusión, parte del populismo como un tipo de régimen, se pregunta sobre los criterios en base a los cuales habría que caracterizar a un populismo como "bueno" o como "malo". Necesitamos –señala– una vara de medición que no puede ser otra que "el componente democrático populista, el componente liberal. Es decir, confiar en instituciones que impidan la apropiación omnímoda de la voluntad y del saber."

⁴ El sentido de Lévi-Strauss, esto es, como un relato que se remonta a tiempos remotos, pero que conserva toda su eficacia como esquema de pensamiento y de conducta.

⁵ Esta expresión pertenece Michel Tort. Figura en su intervención al Coloquio Internacional *La igualdad* auspiciado por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires y el Collège de Philosophie de Paris (Buenos Aires, julio de 1991).

Bien podría concluirse de allí que el populismo no es "la" política sino, como dice Jaguaribe (citado por De Riz), un modo de ejercer el poder. Uno modo de ejercerlo que admitiría variantes de derecha y variantes más progresistas⁶. Incluso se podría seguir por la misma línea y explorar las alternativas que de este modo se abren: así, por ejemplo, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, así como en otros trabajos de Freud⁷, se esboza otra lectura posible, cuyo interés reside en que, a diferencia de la teorización más difundida, asigna un papel a la madre, por completo ausente en la teoría "oficial": el Padre no es ya el jefe de familia autoritario, fuerte, avasallador, precedentemente descrito, sino un anciano endeble y enfermizo, destinado a una cercana muerte natural. Entre los hermanos, el menor goza del cuidado y la preferencia maternal debido a su corta edad, y ésta le tiene reservado el lugar que por poco tiempo ocupa aún el padre agonizante. En tren de especular, nada impediría que, por su necesidad de protección y su carácter poco agresivo, este hijo menor, si accede a la condición de *primus inter pares*, la ejerza con mesura, como en un régimen parlamentario... En todo caso, habría por lo menos que explorar si el hecho de dejar de lado el parricidio, eje de la teoría freudiana del origen de la sociedad, acarrea (o no) consecuencias negativas para la teoría lacaluniana del populismo.

IV. Para referirnos al cuarto punto creemos que el camino más atinado consiste en intentar una síntesis de la equilibrada intervención de Isidoro Cheresky -cuya exposición ofició a menudo de punto de referencia en el debate y no suscitó prácticamente ninguna objeción. Cheresky realizó una suerte de puesta al día de la cuestión de la democracia en América latina, tomando como base de apoyo las cumpulsas electorales de los últimos años en nuestro país. Mostró cómo los procesos electorales, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, son generadores de opciones y de reacomodamientos impensados, que suelen ignorar la existencia, por demás precaria, de un sistema de partidos -por lo demás, en franca crisis, como es el caso

⁶ Dicho esto, como lo hemos señalado en un trabajo anterior, seguimos pensando que el ejercicio populista del poder, tiende a subordinar el elemento nacional-popular al Estado encarnado en el Líder, niega o limita el pluralismo y, cuando lo juzga necesario a sus intereses, se aparta de toda regla institucional. El populismo, aún en sus mejores expresiones, aún con un Padre progresista, gobierna sin controles y al arbitrio del talante del caudillo. En ese sentido, nunca podría ir más allá de lo que Gramsci calificaría como una variante del transformismo. Por tanto, quienes aspiran, aun aceptando los problemas que tal objetivo plantea, a un socialismo democrático, difícilmente hallen en el populismo la solución a sus dificultades. Ver Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ípola "Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes" en Emilio de Ípola, *Investigaciones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

⁷ En particular, un texto publicado tardíamente, pero fechado en 1915, "Vue d'ensemble des théories du transfert" en S. Freud, "Oeuvres complètes", XIII.

en Argentina. Los procesos electorarios son en gran medida reveladores de esa misma crisis y contribuyen a acentuarla, al tiempo que dan lugar a reagrupamientos, a embriones de lo que podrían ser nuevas agrupaciones o, como ocurre casi siempre, simplemente se limitan a meras alianzas coyunturales. De todos modos, el sufragio no es ya reductible a un acto de elección de gobernantes y de trazado de un mapa numérico del peso de cada fuerza: es, de hecho, un proceso instituyente.

La centralidad de las elecciones se manifestaría pues, para Cheresky, en dos rasgos que cabría llamar complementarios: por un lado, coetáneamente con transformaciones que afectaron (negativamente) a las estructuras partidarias, se han ampliado y complejizado las áreas de relevancia del proceso electorario. El sufragio ha dejado de ser sólo una operación aritmética "actuada" por el votante para escoger a quienes habrán de gobernarlo. No es un mero acto puntual, precedido por operaciones de propaganda; es un auténtico proceso susceptible de transformar y reestructurar según modalidades a veces imprevisibles el panorama político: deshace y rehace identidades colectivas e individuales.

Por otro lado, y lo dicho en el párrafo precedente sería un ejemplo elocuente, el nuevo protagonismo de los procesos electorales constituiría también el índice de una revitalización de la democracia en Argentina y en América Latina. No el único, sin duda. Una de las claves de esa revitalización remite efectivamente a los nuevos mecanismos y a las nuevas significaciones que pone en juego el dispositivo de la representación. Pero existen otros no menos relevantes, en particular, la nueva actitud que tiene a hacer suya la ciudadanía: desde la opinión pública que emerge vía las encuestas, hasta la protesta abierta y el estallido social. En todas esas manifestaciones cobra forma una desconfianza ciudadana una variedad de expresiones de la desconfianza ciudadana que presionan de manera continua a los gobernantes electos y a la oposición obligándolos a revalidar permanentemente su legitimidad. No basta según Cheresky con triunfar en las elecciones: hay que renovar la legitimidad adquirida frente a una ciudadanía exigente con capacidad de impugnación y capaz de derribar gobiernos.

"La democracia, concluye Cheresky, es un régimen mixto, basado en un principio igualitario, que genera la dinámica de la igualdad ciudadana, y a la vez un principio aristocrático, que hace que los gobernantes emerjan de los círculos permanentes del poder, dicho de modo muy genérico. El voto ciudadano para todos no se corresponde con igualdad en la posibilidad para todos de acceso al poder. En **Argumentos, 8, octubre 2007**

consecuencia, la coexistencia de la representación con la desconfianza y la protesta constituyen la ilustración de la conformidad con elegir, y el deseo de no dejar a los gobernantes librados al ejercicio del poder aristocrático.”

o 0 o

Dos párrafos, para concluir: la mesa de debate aquí comentada - competentemente coordinada por S. Vilavicencio y C. Hilb- muestra en mi opinión la posibilidad siempre abierta de llevar a cabo intercambios de excelente calidad en nuestra Facultad de Ciencias Sociales. Para ello, sólo se requiere preocuparse por fundar la opinión propia y escuchar la ajena sin prejuicios, absteniéndose del recurso a fórmulas adocenadas que, además de haber perdido toda vigencia, hoy sólo sirven de “razón general de consolación y justificación” para quienes hacen de la exaltación del pasado un oficio psicológicamente rentable (y, para peor, juzgan a ese oficio necesario y virtuoso).

Finalmente, querría subrayar que la circunstancia de que hayan sido las tesis de Ernesto Laclau aquellas que debieron sobrellevar las objeciones más duras pone de relieve menos la insuficiencia de dichas tesis que el apasionado interés que ellas despiertan en nuestros medios intelectuales y políticos. Leídas con calma, aparecen como una demostración de respeto y admiración por su obra.